

Presentación *Desviadero* de Mariana Finochietto

En *Desviadero* la voz de Mariana Finochietto se transforma, hay un camino nuevo, un desvío, una respiración diferente en el lenguaje poético. Hay una transmutación que la aleja de otras voces, y le asegura que “permanecer es más gentil que detenerse” y que hay descubrimientos, veladuras, misterios que solo pueden comprenderse en un espacio de contemplación, de quietud, de tiempo suspendido. La poeta, orientada por el deseo inventa una trama, un tiempo sin pasado ni futuro, con apenas “la danza del romero/ esas fortunas/ del barro entre las manos// la simpleza/ del alambre que se tensa contra el viento.” Tal vez sea un intento de descifrar los lenguajes secretos de nuestra humanidad, de nuestro estar en el mundo, de la memoria, del amor, del tiempo que fluye y fuga.

Y en estos poemas del desvío, la poeta comprende que todo ocurre en la zona muda, que escribir es jugar con la memoria de lo que se perderá, por eso decide ir a lo profundo de la espesura y hundir ahí su mano, recolectar el fruto. Ir de la palabra al mundo y del mundo a la palabra. Ir en busca de lo velado, lo que se esconde, descubrir ese impreciso y breve hilo entre la inmensidad del mundo en su oscuro temblor vuelto a la muerte, escuchar los susurros en la hendidura, la grieta, los blancos vacíos del pensamiento que resguardan misterios, las múltiples incógnitas de la vida, los enigmas de la muerte y la escritura y lo insondable del silencio. Y también conjurar la tristeza y la soledad porque ya conoce de inviernos el dulce animal de su corazón.

Y en ese camino el poema se vuelve conjetura, duda, interrogante:

“Qué sabrá de nosotros /lo que queda/del súbito resplandor con que se fuga/ nuestro nombre // piedritas sobre un río/ alameda apenas entrevista en el vértigo de un viaje...”

“acaso el viento sepa lo que calla /cuando susurra/ en lo alto de los sauces”, “acaso nunca sepa qué honda es la tormenta/ que ruge para mí...”, “acaso alguien como yo/

corrió descalza/ entre los ortigales y los tréboles/ acaso en otros montes/acaso en otros potros/ acaso no fui yo.”

Para entender busca en la espesura de la noche, intenta descifrar el lenguaje de los ríos, de cada gota que la niebla olvida, de toda la lluvia del cuenco inmenso de la oscuridad. Y allí solo es posible andar a ciegas tratando de atrapar “luciérnagas levisimas de oro, mariposas de ceniza, la sombra fugaz de lo que reina en la espesura”. Y después el goce de derrumbar lo oscuro, lo siniestro, “Acaso es más feliz el pájaro que canta que yo/ mientras escribo estas palabras.”

La poeta pareciera hermanarse con Mary Oliver cuando esta dice “Mi voz va detrás de lo que mis ojos no pueden alcanzar” y también aprende, como Watanabe, que la poesía que tanto ama solo puede ser una fugaz y delicada acción del ojo. Por eso la contemplación y el tiempo que se suspende para mirar, para comprender, para internarse en lo que muta entre luz y oscuridad.

“El poema es una jaula donde estorbo” es el verso que cierra el décimo poema. En esa línea, precisa y sintética, el yo poético cristaliza el momento donde el propio poema se produce sustraído al fluir del tiempo. En el repliegue del ojo que mira, la línea halla un mecanismo de suspensión del tiempo, y es en el demorarse en la contemplación de “esas cosas que vuelven como si fueran parte/ de una vida ajena”, lo que permite al propio movimiento del poema el nacimiento de la imagen poética. Es decir, nos permite ver al objeto y su vacío eterno, en aquello que se sustrae y al mismo tiempo se abisma hacia una visión iluminada.

En la bella edición de Mascarón de Proa, de Darío Falconi, vemos en la tapa la figura del ciervo como la representación de lo instantáneo, de aquello que súbitamente aparece en un claro de bosque para luego desaparecer como si nunca lo hubiéramos visto. Podemos agregar que ciertamente es un animal cuya carga simbólica atraviesa algunas páginas como aquellos que “huyen hacia el bosque azul”.

Los ciervos, esas criaturas que “entran en la sombra vaga de los árboles/ y se vuelven luz”, que se mueven en la distancia y con cautela.

Será en la mirada huidiza del ciervo, en la fugacidad de una belleza que se muestra, donde la poeta encuentra el destello reflejado de su propio deseo. Tal vez la lectura

nos proponga nuevos desvíos. En la brevedad de rasgos y en la sonoridad de un murmullo que fluye, porque como nos dice Mariana en un gesto de silenciosa generosidad “toda el agua ofrendo, toda el agua”.

Dice María Negroni que la poesía es siempre un saber alucinatorio, la poeta de Desviadero confía en los claroscuros, las paradojas, las inconsistencias, el alarido suave, la sumisa rebelión, la lámpara ciega, acaso porque sabe o intuye que la escritura es una promesa de gravedad y anhelo de lo absoluto. La escritura interroga incluso cuando afirma que solo es legible si zozobra:

Pájaros de la niebla

¿qué están diciendo para mí

con su silencio?

Como ya dijimos, Mariana arma una trama en una esencia de frágil aparición: momento insostenible en el que las cosas se metamorfosean en palabras. El lenguaje se detiene y se hace necesario descifrar el silencio y escuchar al animal dormido del corazón.

Silvia Giambroni